

to, que abriendo milagrosamente la puerta como en el día anterior, lanza una mirada terrible sobre el asesino, le echa en cara su brutalidad, y le reprende sus maldades con tanta energía, que aquel oso salvaje cambiado en cordero, se arroja á sus pies; y mirándolo entónces el SANTO con su ordinaria dulzura, lo levanta, lo abraza, y lo cambia de modo, que en lo sucesivo vivió con su muger en la mejor armonía y conformidad.

Los tres Padre nuestros, &c.

ORACION.

Dios, infinitamente bueno, protector seguro de los afligidos y menesterosos: haz que imitemos las acciones misericordiosas de tu glorioso siervo, para que podamos alcan-

zar misericordia ante tus divinos ojos. Por Jesucristo nuestro Señor, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

DIA SEPTIMO.

HUMILDAD Y OBEDIENCIA DEL BEATO SEBASTIAN.

Hemos visto la grande y merecida reputacion que gozaba, y los altos dones con que el Señor lo habia enriquecido: pues esta alma inocente y siempre pura, este fiel Sacerdote, este prodigio de caridad, de oracion y de misericordia; como digno hijo de S. Felipe Neri, se juzgaba á sí mismo por un gran malvado, por un vilísimo pecador, el ínfimo entre todos, indigno de vi-

vir en la Congregacion del Oratorio. Oíganos lo que decia en una conferencia espiritual. *¡Qué concepto tan bajo debo tener de mí mismo! ¡Cómo debo humillarme profundamente ante los inescrutables juicios de Dios! Nada soy á sus ojos. No he hecho ningun bien; no he sido mas que un hombre inclinado al mal; merecerdor no mas que del infierno eterno. ¡Señor, tén misericordia de mí pecador! ¡Tén misericordia de mí! Una vez estando enfermo, le dijo el médico que su salud importaba á la Congregacion. Herido de estas palabras como de un rayo, todo conmovido y lleno de profundo dolor, exclamó: ¡Qué decís, Señor! Yo, hombrecillo despreciable, necesario é importante á la Congregacion? No me ha menester. Si me echara fuera [lo que Dios por quien es no permita] no sería es-*

traño; pues no se me oculta, que no soy digno de estar en ella. Siempre ejercitó con gran gozo los oficios mas viles. Cuando los nuestros mudaron su habitacion á la Parroquia de S. Eusebio, SEBASTIAN, en union de tres de los novicios, llevó en hombros un gran cuadro que representaba á nuestro Padre San Felipe, atravesando con él las calles mas concurridas de la ciudad, y siendo el blanco de las burlas y risas de los ociosos. Fué muy docto y gran literato en todo género de literatura: sin embargo fué mucho mas modesto, pues encubrió siempre cuanto pudo su vasta erudicion, y solo habló en materias científicas, por mandato de sus superiores. En tales casos, solía de propósito echarse fuera del asunto, hablando de materias incoherentes, para deslucirse

con este artificio. En muchos años predicó el Sermon de la festividad de su Santo, y siempre repitió el mismo discurso, con las mismas palabras, y se llenaba de gozo cuando oía sobre esto algunas burlas humillantes. Siempre tenia en la boca su humilde nacimiento: *Yo soy, decía muchas veces desde el púlpito, Yo soy hijo de un pobre boyero, admitido por caridad entre los hijos de S. Felipe, y mis hermanos no son mas que unos miserables campesinos.* Con estos alegatos, se esforzó en renunciar la Silla Arzobispal de Turín, donde se empeñó en sentarlo Victor Amadeo, gran duque de Saboya. Viendo que esto no bastaba, hizo traer á su hermano, y con los mismos vestidos y de la misma manera con que venia de trabajar el campo lo introdujo por to-

das las antecámaras y guardias del Palacio, hasta ponerlo en presencia del soberano. *Ved aquí á uno de mis hermanos;* le dijo. *Decid y haced cuanto querais,* le respondió el gran duque, *pero habeis de ser Arzobispo de Turín.* Si no lo fué, lo debió á las muchas y muy fervientes oraciones que hizo á Dios para no serlo. A su propia madre no quiso hablar, hasta verla vestida con su trage de aldeana. Continuamente hablaba á sus penitentes, y á los Padres y Hermanos del Oratorio, acerca de esta hermosísima virtud. Entre muchas de sus sentencias, repetia estas: *La señal mas cierta y segura de ser predestinados, es ser humildes. Nadie crea haber dado un solo paso en el camino de la virtud, mientras no se repunte á sí mismo por el último de todos.*

Siendo tan humilde, era preciso que fuera obedientísimo. En efecto, continuamente decía: *Vá derecho al cielo, quien lleva el camino de la obediencia;* y sus obras iban del todo conformes con sus palabras. Entre muchos casos, no permite la brevedad que se refiera mas que el siguiente. Habia tenido siempre un vivísimo deseo de visitar á Roma, sus famosos Santuarios, y principalmente el incorrupto cuerpo de nuestro Padre San Felipe Neri: nunca se le habia proporcionado el viage, por los graves negocios que le ocupaban siempre, bien de la Congregacion, del Arzobispo, del Soberano de Turín ó del Nuncio Apostólico; pero al fin llegó tan deseada ocasion, y habiendo obtenido el permiso de su superior, que no solo se lo concedió con todo gusto,

sino es que le dió varias comisiones y encargos para la santa ciudad. Se despidió del Soberano, del Nuncio, del Arzobispo, y de otros muchos personages. Partió al lugar donde debia embarcarse, acompañandole un Padre de la Congregacion y muchos de sus devotos; cuando al salir ya del puerto, se le puso en las manos un billete del Prepósito en que le decía: *Que al momento que lo leyera, se volviera á la Congregacion, sin pensar mas en el viage de Roma. Toma al instante el manteo, salta de la barca, y dice: Vamos á casa, que el viage era muy hermoso, pero ya concluyó.*

Los tres Padre nuestros, &c.

ORACION.

Soberano Señor de todas las cosas, gloria de los humildes: haz que

en todo obremos segun tu santa ley. Vístenos de humildad profunda, y haz que con pronta voluntad imitemos la heroica obediencia de tu siervo SEBASTIAN; para que como él alcanzemos algun dia los premios y coronas que tienes prometidos á los humildes. Te lo rogamos por Jesucristo nuestro Señor, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

DIA OCTAVO.

FORTALEZA, PACIENCIA Y MANSEDUMBRE
DEL BEATO.

Para emprender cosas tan arduas y dificiles como él emprendió en beneficio de sus prógimos, se necesita superar grandes dificultades que nacen á cada paso: se necesita

una continuada lucha con mil géneros de obstáculos, que aterran inmediatamente al hombre débil, y le hacen dejar la obra cuando apenas la ha comenzado: se necesita, por decirlo así, una alma de bronce insensible é imperturbable: se necesita, en fin, haber recibido de Dios la virtud de la fortaleza. SEBASTIAN la recibió en grado muy levantado y heroico; y sin ella era imposible haber soportado una vida tan larga y tan fatigada como la suya. A su constancia y fortaleza se debe la subsistencia del Oratorio en Turín. Tuvo en su ereccion graves contradicciones: sus fundadores entraron á una casa estrecha y muy incómoda; y desde luego se desalentaron y fastidiaron, y crecia cada vez mas el desaliento y fastidio, porque á pesar de haber mudado varias ve-

ces de habitacion, no encontraban casa y templo, no ya buenos, pero siquiera capaces de alojarlos y poder ejercer en ellos su sagrado ministerio, con limpieza y decencia. Hubiera indefectiblemente muerto la Congregacion en su infancia, á no ser por el teson y firmeza con que el BEATO alentaba y sostenía los caídos espíritus de los Padres. Despues cogió el fruto de su constancia, dejando á la Congregacion bien puesta y afianzada.

Le encomendó el Arzobispo la reforma de uno de los principales monasterios de la ciudad, en que se habian introducido desórdenes de mucha consecuencia; y basta decir, que lo que hubo en ello que trabajar y sufrir, necesitaba de todo un SEBASTIAN. Su heroica fortaleza y constancia le acompañaron hasta el úl-

timo dia de su vida; la cual fué milagrosa á juicio de los que le trataban familiarmente, pues que las noches en que no estaba al lado de algun moribundo, las pasaba orando y estudiando. Ocupaba todo el dia en predicar, confesar, enseñar la doctrina cristiana y en toda clase de obras de misericordia, sin faltar nunca á estas apostólicas tareas hasta su muerte, y sin que por su avanzada edad ó por sus achaques, creyera que debia relajar algo el rigor de sus fatigas.

Fué mansísimo y pacientísimo en sufrir todo género de injurias; y no se crea que era por temperamento frio, pues al contrario, era de natural tan vivo, que le costó diez y ocho años de lucha y trabajo vencer la ira, hasta el punto de llegar á la mas perfecta imperturba-

bilidad, en medio de las mayores contradicciones é injurias. Una mañana le negó el sacristan el ornamento que le pedia para celebrar misa. Siendo Prepósito y pudiendo obligarlo á obedecer, no se inmutó en lo mas pequeño; ni le respondió, sino haciéndole entender que se sujetaba á su voluntad. El sacristan asombrado de tanta mansedumbre, se echó á sus pies, pidiéndole perdon. De la ventana de una casa donde le aborrecían de muerte, le echaron una ocasion tan gran cantidad de inmundicias, que le bañaron de la cabeza á los pies: sin alterar un punto la serenidad de su alma y la amabilidad de su semblante, se volvió á casa, persuadiendo á su compañero, que aquello habia sido una *inadvertencia*. Distribuyendo frutas en la cárcel, algunos de los pre-

sos, despues de comerlas, le tiraban con los huesos á la cara. El sacerdote que le acompañaba, indignado de una accion tan villana, le hacía instancias para que salieran de allí; mas el BEATO le contestó: *No, no abandonemos á estos pobrecillos, que son hermanos de Jesucristo; disimulémolos para ganarlos, compadezcámoslos. ¡Pobres! me dán mucha compasion!* Espantado quedó el sacerdote al oír estas palabras.

Ya se ha dicho quanto bien hizo SEBASTIAN al Hospicio de la Caridad. Sucedió una vez que estando rodeado de muchos de sus dependientes, se le acercó el Director, y con palabras muy duras le echó en cara, que por él habia perdido la casa una gruesa limosna que pensaba hacerle el soberano: entre muchos improprios, le

dijo: que *era un necio, ignorante, que se maravillaba de que el rey depositara en él su confianza.* Sin embargo de ser falsa la imputacion que le hacía, y sin embargo de no tener nada de tonto ni de ignorante, lo dejó desfogar su cólera, y sin chistar una palabra, sin mutacion alguna de semblante, se despidió luego, con demostraciones de humildad y de cortesía. Enfermó á poco el Director, y al punto fué el BEATO á visitarlo; y aunque no le dejaban verlo, continuó diariamente en sus visitas todo el tiempo que duró la enfermedad. ¡Así se vengan los santos!

Decía, que la buena vida del cristiano consistía, en acomodarse al gusto de Dios. Sobre esta materia escribía á una religiosa que se quejaba, de que por una enfermedad no podía practicar sus ejercicios espi-

rituales, y la decía: *Siempre queremos vivir á nuestro modo. Sus enfermedades le impiden la asistencia al coro y demás actos de comunidad, pero no le impiden que sea paciente y sufrida.* ¡Ojalá y llegemos á imitarle en su mansedumbre y sufrimiento!

Los tres Padre nuestros, &c.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que por nosotros sufriste con divina mansedumbre los improperios de tus enemigos: te suplicamos por los méritos de tu fiel imitador SEBASTIAN, que nos hagas mansos á la medida de tu Corazon, para que con el Padre y Espiritu Santo, gocemos de tí por toda la eternidad. Amén.

DIA NONO.

PUREZA Y MORTIFICACION DEL BEATO
SEBASTIAN.

Conservó el BEATO por todo el curso de su larga vida, intacta é inmaculada esta celestial y delicadísima virtud que como una rosa fragante, como una brillante azucena se marchita si se le manosea; y como un tesoro de precio inestimable, como un licor de muy subido precio depositado en frágiles vasos, si no se custódia cuidadosamente, será presa de la rapacidad de vigilantes enemigos que le asechan. Sabía muy bien que esta soberana virtud está íntimamente hermanada con la templanza, y así fué abstinentísimo aún antes que pudiera dejar de ser casto; porque en su muy tierna infancia ayunaba las cuaresmas

enteras á pan y agua; y fuera de ese santo tiempo, en la misma tierna edad no comía mas que pan y yerbas; y disimulaba su abstinencia aparentando en la mesa que comía los otros manjares. Solo ya muy viejo tomó vino, y ese muy aguado: y habiendo sido su carrera tan laboriosa, no por eso se dispensaba del rigor de su heroica templanza, y siempre comía solamente pan, legumbres y alguna fruta. Castigaba su cuerpo con durísimas disciplinas y cilicios, y con las continuas vigiliias de que ya se ha hablado; siendo de advertir, que estos rigores eran tan escusados y secretos, que solo viviendo en una comunidad, pudieron descubrirlos sus mas íntimos confidentes. Mas no pudo ocultar la delicadísima custodia de sus sentidos, pues que nunca se le

vió fijar los ojos en muger alguna, conservándolos cerrados, ó dándoles direccion á otra parte. Tampoco las hablaba á solas; y cuando confesaba alguna, en tiempo en que ya no habia gente en la Iglesia, llamaba á un pobre, y dándole limosna, lo hacía que se estuviera presente todo el tiempo que duraba la confesion. Bajó una vez á la portería á hablar á una señora que le llamaba; observó el padre que iba en su compañía que la señora estaba indecentemente vestida, y se supuso que el BEATO ó no le hablaría ó le daría la repension correspondiente. Mas contra sus esperanzas no sucedió ni uno ni otro; y no pudo menos que preguntarle, ida la señora, ¿por qué no la había reprendido? No podia responder el purísimo SEBASTIAN, porque no quería

confesar que *no la habia visto*. Aborrecía que le tocaran el vestido ó la mano, y ni aún permitió que se la besara una sobrina suya que no le habia visto en muchos años. *Esos contactos*, decía, *pueden ser causa de gravísimas caídas*. Nunca llevó en paciencia, no ya los juegos de manos que detestaba, pero ni aún que uno á otro se pusiese la mano sobre el hombro ó cosa semejante á esto. Aconsejaba, que á los niños no se dejase jugar de manos entre sí, ni menos con sus hermanas, ni se les dejase acariciar á los animales. No quería que las mugeres anduviesen solas en la calle, cuando podian ir acompañadas; ni que recibiesen al médico ó cirujano á solas jamás; ni que tomasen lecciones de dibujo, música, &c. de maestros, sino en presencia de sus padres, ó las enseña-

sen personas de su secso. Era celosísimo sobre la desnudéz de las mugeres: jamás permitió llegar al confesonario ó comulgatorio á ninguna, si no iba decentemente vestida. Encontró una vez en una calle muy concurrida á una sobrina suya, vestida no con mucha modestia. Sacó inmediatamente un pañuelo y se lo arrojó para que se cubriese mejor, como lo hizo sin réplica. Una de sus hermanas fué á Turín desde Verduno (lugar del nacimiento del Santo) en el tiempo en que por la guerra estaba el país lleno de soldados. Mandóle réprender por los peligros en que se habia puesto, negándose á recibir su visita; y solo se dejó ver de ella á instancia de varias personas respetables que mediaron con su santo hermano. Detestaba las figuras obscenas: y

viendo una vez que un amigo suyo sacaba una preciosa caja de polvos adornada con una miniatura indecente, se la pidió, y á su vista la hizo pedazos. Otra vez vió en la casa de ese mismo caballero colgado en el despacho un cuadro de un relieve de alabastro, bellísimamente trabajado, y guarnecido de un rico marco, pero que contenía figuras obscenas. Reprendió con santa libertad á su dueño, quien estaba entre sí fluctuando, entre el respeto que profesaba á SEBASTIAN, y la estimacion que hacía de su cuadro; cuando éste, sin faltar el clavo que le sostenia, milagrosa y súbitamente cayó al suelo, y quedó reducido á menudas piezas, con admiracion de cuantos se hallaban presentes.

Quando en la Congregacion se

trataba de asuntos morales, tenía prevenido, que no se hablara ni propusiera cuestion alguna sobre materias de impureza. Nunca permitió que albañiles, ni otra clase de menestrales que se hallaban en la casa, profirieran palabra alguna inmodesta: bien que solo su venerable presencia enmudecía á los mas disolutos. Un ángel, en fin, en carne humana, no se habria mostrado mas amante de la pureza. Mucho recomendaba la devocion á la sacratísima Virgen, para conservarla, y ahora tambien debe recomendarse la devocion al BEATO; porque se ha manifestado particular protector de quien le invoca en estos conflictos. Sucedió, despues de la muerte del Santo, que una religiosa gravísimamente molestada de tentaciones en esta materia, que no le

habian dejado un momento de reposo en mucho tiempo, ni habian cedido á cuantas prácticas puso en ejecucion para librarse de su violencia; estando un dia muy afligida, se sintió inspirada á encomendarse al glorioso SEBASTIAN. Se puso de rodillas para invocar su proteccion, hízole una brevísima súplica, y se levantó, sintiendo al instante un consuelo inesplicable, y quedando libre para siempre de tan molesto enemigo.

Los tres Padre nuestros, &c.

ORACION.

Dios de toda pureza, Dios de toda santidad, que hiciste del corazon de tu siervo la arca fiel del purísimo maná de los cielos, de la virginal limpieza que tan preciosa es á tus ojos:

concédenos por sus singulares méritos, que conservemos intacta esta blanca azucena, segun nuestro estado, para que con las vírgenes que siguen al Cordero, te alabemos eternamente. Por Jesucristo nuestro Señor, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ORACION

con que se concluye todos los dias.

Virgen Santísima MARÍA, Madre tierna, y amante protectora de tu fidelísimo hijo SEBASTIAN, que jamás se puso al confesonario, jamás salió á la calle, ni recibió un novicio, ni emprendió cosa alguna sin encomendarse á tí de todo corazon, como asiento y Madre de la sabiduría increada: dignate recibir de su

mano nuestras preces y oraciones, y presentarlas ante el acatamiento del Altísimo, para recabar de allí las gracias y mercedes que te pedimos. Favorécenos en vida y en muerte. Alcánzanos las gracias que necesitamos para vivir santamente, sin apartarnos un punto de los caminos del Señor. Alcánzanos, que seamos perfectos imitadores de la viva fe, de la fortísima esperanza, de la encendida caridad, de todas las virtudes de tu glorioso hijo SEBASTIAN; para que algun dia con él alabemos y bendigamos eternamente tus piedades y misericordias. Amén.

LAUS DEO.